

DIRECCION:

Calle de Velázquez, núm. 106.
Teléfono núm. 55119.

ADMINISTRACION:

Avenida de Pi y Margall, núm. 18.
Teléfono núm. 90545.

20 céntimos

Criterio

Revista semanal de orientación política y literaria

SUSCRIPCIONES

ESPAÑA:

Trimestre, 2,75 ptas.; año, 10,00 ptas.

PORTUGAL Y AMERICA:

Semestre, 8,00 ptas.; año, 15,00 ptas.

OTROS PAISES:

Semestre, 16,00 ptas.; año, 32,00 ptas.

POLITICA

por Luis Hernando DE LARRAMENDI

La política católica en las democracias

No busquéis fundamento a las reputaciones en el liviano chismorreo de los patios de vecindad, en las murmuraciones banales. Del mismo modo, salid de la inquietud confusa y atolondrada que hoy se llama y considera como "política" y que no es sino viciosa e incoherente "polítiqueria", si queréis formar juicio seguro de lo que es fundamental al buen régimen de los pueblos: a la verdadera política.

En ese plano sereno de la razón y del pensamiento inteligente y fecundo, el poder público debe ser ministerio del bien. Y ¿quién nos dirá con seguridad y autoridad lo que es el bien y lo que no lo es, lo que es justo y lo que no es justo, mejor que el poder constituido por Dios para hablar en la tierra en su nombre y con acierto infalible? Cuando la Iglesia se pronuncia definitivamente ha hablado la justicia suprema.

De acuerdo con ella, la fuerza y el gobierno temporal deben ser su apoyo eficaz y encontrar en ella su justificación moral, como base de la justicia, del orden y del perfeccionamiento sociales.

Pero lo que es un postulado inteligente y racional es también un postulado histórico, es decir, que la realidad viviente a través de los tiempos ha elaborado una organización, la más progresiva y creadora de verdadera libertad que han visto los siglos, desenvolviendo como "hecho" social esa ordenación.

Nacida en época de disolución, en medio de turbación general y de total ausencia de justicia, la Iglesia, al paso que ejercía su acción bienhechora, fué desarrollando su influencia en la sociedad lentamente, por las atribuciones que los pueblos para su defensa conferían a los prelados, por la virtualidad del saber que la Iglesia serenamente cultivaba rodeada de sangre y crueldad, por la caridad con que amparaba a los oprimidos y menesterosos, por la rectitud con que, inerme, pero unida de espiritualidad, reprensión, contenta y condenaba a los fuertes.

Y en Roma, cabeza política y jurídica del mundo antiguo, donde más consciente y avisada debía ser la conducta fué donde la ciudad comprendió con más poderosa luz que su mejor defensa era la Iglesia, y hasta el Pontífice su propio soberano temporal. Una soberanía temporal que se originó en la justicia y en la caridad.

Así se construyó un orden del Estado cuya base era la ley que regula la conciencia católica. Los príncipes y los pueblos decidían a su arbitrio todas las cuestiones que les eran propias, a condición de no hacer cosa condenada por la Iglesia como contraria a la ley de Dios. Atacar a esa ley era atacar a la misma sociedad en su lazo esencial y en su norma indispensable; pero mientras fuese respetada, los poderes civiles eran dueños de disponer según creyeran más conveniente al mayor bien de la comunidad.

No ha habido época en ninguna civilización del mundo en la que de tal modo progresasen el sentido moral, la solidaridad social, el orden de la libertad. En ella germinó cuanto hay de cierto en el progreso moderno. Cuando los fundamentos de armonía entre la Iglesia y el Estado comenzaron a quebrantarse empezó a declinar el progreso moral hasta traernos a la ruina que hoy amenaza al mundo, en el cual sólo resiste victorioso el progreso material porque en las ciencias de que se

nutre no ha hecho irrupción el arbitrario opinionismo de la democracia: si cada cual opinase a su capricho sobre cuantas son dos y dos, como se opina en religión, moral, política y sociología, ya no sabríamos sumar, seguramente.

En cualquier circunstancia, hasta en la persecución de los primeros tiempos paganos que llevó a los cristianos al circo y a las catacumbas, la Iglesia ha de continuar su destino y ejercer su misión.

Pero no en cualquier circunstancia de relación entre la Iglesia y el Estado se logrará igualmente el fundamento de la justicia, del orden y del progreso de la sociedad civil.

Esta no estará constituida normalmente, ni podrá obtener la ventura pública que la justicia, el orden y el progreso implican, sin la armónica relación de la Iglesia y el Estado, en el respectivo desenvolvimiento de sus fines.

Hay, pues, una sola política católica, que consiste en considerar como fundamento público la Iglesia Católica con la integridad de sus dogmas, su jerarquía y su disciplina.

En cuanto se divida o se transija ese contenido, no se hará política católica, sino, en el mejor caso, una política oportunista que tenderá a defender principios o instituciones del catolicismo y que, desde el Poder, lejos de ser política católica constituirá un atentado o un abandono de la política católica, y si se hace desde la oposición y el pueblo, será una acción católica de defensa en el campo de la política que principia por reconocer vencida y en difícil trance nacional a la Iglesia.

Donde como en España la nación no ha tenido más aglutinante de unidad que la Religión y la unidad en ese orden ha sido completa porque el pueblo exigió la expulsión de los judíos, las Cortes la de los moriscos y una oportuna acción interior: libró al país de los daños de la llamada "reforma" protestante; donde cuatro siglos de democracia religiosa agitando a Europa, uno de democracia política y medio de democracia social conturbando con Europa a España misma no han logrado arrancar la fe a la mayoría del pueblo, ni la reverencia a la moral católica del fondo de las costumbres, cualquier política oportunista no es siquiera nacional, ni tiene justificación en la acción de defensa, porque para una sociedad de tales antecedentes y reminiscencias la mejor defensa es la propugnación rotunda de la unidad católica, que es hasta psicológicamente su propia alma colectiva.

Pero la democracia es una carcoma y, cuando se transige con ella, es imposible dejar de experimentar sus efectos corrosivos.

Si los mártires de los primeros tiempos hubieran contemporizado con el opinionismo de su época, no se habría propagado el cristianismo. En cuanto fuera posible con la promesa divina, se habría ido consumiendo hasta quedar en un rescoldo. Los mártires no pudieron practicar más heroica y humildemente la caridad; pero sin menoscabo de la intrínseca. Así vencieron a pesar de morir; de otro modo sólo habrían sobrevivido sin palma y sin victoria.

La fe sin serpenteos de acomodamiento no depende más que de Dios. Por su propia valentía y pureza tiene que vencer o morir, y Dios se complace en que no muera.

Pero cuando cede, transige, marcha hacia atrás por cálculo, aplaude, o lisonjea, o se concierta con sus propios enemigos, limitando sus horizontes a obtener permiso, un acomodo, un huequecito, una menuda consecución inmediata..., se distrae demasiado de sí misma, cuenta demasiado con su pobre habilidad humana, deja para muy lejos lo que es apremio de las almas en todos los instantes, y sus vicisitudes son las de cualquier operación puramente humana condenada a la efimeridad y la insignificancia. Si es que Dios mismo no permite el dolor de apreciar la inanidad de las meras habilidades humanas.

La democracia conduce a esos desastres en cuanto se condesciende con ella. La democracia es ya, originariamente, un dogma de igualdad para todas las opiniones, todos los partidos, la verdadera y las falsas creencias. Si ese es el principio, ¿qué tono de voz de la verdad puede tenerse cuando se transige con el derecho a las opiniones, a los partidos y a la tolerancia de las mismas confesiones erróneas?

Es más difícil conservar viva la fe en ese proceder que vencer todas las pasiones. Y eso, al espíritu alerta dedicado casi exclusivamente a la acción religiosa. El pueblo, la gran masa, se confunde, se entibia y se pierde.



EL DECRETO DE LA MECANOGRÁFA, por CE

—Y ¿qué vamos a hacer nosotros, don Hilario?

—¡Ah! Es muy sencillo. Una hazaña con h, y sin pensarlo desde el año 18, sino de golpe. Verás que fulminante es la derogación del decreto.

Por otra parte, la democracia—que no ha existido ni existirá jamás prácticamente en la realidad—parte de sus falsos principios igualitarios para imponer luego despóticamente el arbitrio de sus partidos, y como los partidos se organizan en la lucha y en la captación de los muchedumbres, el resultado no es la contraposición de doctrinas, sino de personas, de ambiciones y de ardid, en una sola conformidad: la del odio a la Religión y a la verdad, con las que son incompatibles.

Es lógica insana, pero lógica, la persecución de la democracia a la Iglesia.

Y cuando la muchedumbre está combatida por todas las propagandas más nocivas, la Iglesia, lejos de tener libertad para amparar y salvar al pueblo, pierde los mejores esfuerzos en lograr existir, en conseguir permiso para que sus instituciones se establezcan, en conquistar algún patrocinio que las consienta desarrollar su acción, esperar defensa contra los ataques sistemáticos del poder, de las autoridades y de los partidos.

¿Qué peligro, en esa penosa labor, el de creer que se defiende la política católica de un pueblo porque a través de condescendencias y habilidades, se hacen amigos y protectores entre los corifeos de los partidos que pasan por el Poder.

Fácil es que el mismo politicastro que hace alardes de avanzado y hasta anticlerical, se crea un protector de la Iglesia porque se ve lisonjeado de católicos. Fácil es que esos mismos católicos se avergüencen y tapen como a parientes pobres a quienes integremos en la defensa del alma religiosa de la nación, parece que van a comprometer con sus extremismos la bienquerencia con los politicastros de dos caras.

Costosa, lenta y sin transcendencia cada obtención para la Iglesia. A riesgo siempre de mayores pérdidas inmediatas pobres a quienes, integremos en la de partidos conceden con sordidez, otros profesionales de la politiquería y otros partidos arrecian en la persecución, aunque sólo sea para desbancar a los primeros.

Y el pueblo cada vez más azotado de propagandas y más confuso y más frío ante una defensa religiosa cuya lógica, cuando existe, o no la puede observar o no puede entenderla.

Mientras la democracia toma como cabeza de turco a la Iglesia, fingiendo problemas que no existen, se crea y se hace gravísimo un verdadero problema nacional, que es la carcoma del más sólido fundamento social: la religión, por la obra de la democracia.

Ese fundamento social sólo está amparado debidamente por la Monarquía tradicional. Lo comprueba la historia.

Teóricamente, la República podría hacerlo, a condición de no ser democrática, parlamentaria, ni de partidos. Pero prácticamente, apenas si ha habido en el mundo más que cinco minutos de República católica en el Ecuador.

En España, la defensa de la Iglesia y la política católica, o no serán nada, o han de propugnar sin eufemismos la unidad católica y la Monarquía social de la tradición.

VITRINA

por Tristán de MARTIARTU

Ganar con todas

Mariañín es hombre de suerte. A lo menos en cuanto puede juzgarse por exterioridades.

Mientras durante su juventud rimaba en métricas variadas el asesinato de don Alfonso XIII, iba haciéndose cómodamente médico. En cuanto obtuvo el título debutó de eminencia profesional y la Prensa lo proclamó pródigo así, y lo que es más meritorio aún, nombró a Mariñán médico de la Asociación, poniéndose en sus manos. Recordemos a Pascal cuando dijo: Creó el testimonio de los que le corroboran con su propia sangre.

Como consecuencia de tamaña pu-

blicidad, en cuanto un rico se ponía en camino de morir, estimaba que le faltaba el último pego de la distinción si no venía Mariñán a darle licencia para dejar este amargo valle. ¿Qué actividad! Hoy despachaba una licencia de defunción en Bilbao, de mañana; a la tarde, de paso, en Vitoria, mañana en Barcelona y a los dos días en Málaga. Eso sí, viaje emprendido, licencia segura. Y las costas.

De súbito a Mariñán, pasando por la Plaza antes de Oriente, se le sugirió la comodidad probable de cierto piso todavía a la sazón habitado. Y la Prensa, un poco clandestinamente en esta ocasión, proclamó, a imitación de antes, el debut político de Mariñán

como Presidente de la República que le iban a traer.

No fué sólo una sugestión; como a Macbeth, las brujas le lisonjeaban a coro. Muchas brujas propicias a sufrir de lipotimia a la vista de Mariñán, modernísimo don Juan sin más esgrima, ni armas, asaltos o cuchilladas que las de la clínica. ¡Ah! Y sin barba.

El anuncio del debut de Presidente amenazaba costar a Mariñán 100.000 pesetas, y, ¡cosa de brujas! debía ser, antes de veinticuatro horas le ofrecían 400.000 para su descargo.

Ahora se ha resuelto en el Tribunal Supremo la reclamación contencioso-administrativa, incoada por bula laica en el plazo legal, y con sibilino estilo de los oráculos, el fallo decide que la multa no fué legal, pero que la Sala no tiene competencia para acordar la devolución ni quien deba hacerla.

A lo que accore el Gobierno imitando la atinada conducta del sordo que fué al café con un amigo.

—¿Qué quiere usted?—preguntó el camarero a éste.

—Yo nada.

—Y usted?—dijo el mozo al sordo.

—Yo, lo mismo que el señor; pero con patatas.

Así el Gobierno ha publicado en la Gaceta un decreto ordenando que se cumpla en todas sus partes lo dispuesto por el Tribunal Supremo en la sentencia. Pero con las 100.000 pesetas.

Otro legado que parece de magia, en esta época de economías.

Las brujas, las brujas. Catedráticas, sin oposición, del acierto.

¡Observen ustedes el número de herencias que les caen de sus clientes a muchos médicos modernos!

Observen, observen ustedes; no lo tomen a broma.

PICOTAZOS

por M. de PALACIOS

Un colaborador del "Socialista" desea que pronto vagamos todos sin cuello de camisa y sin corbata. Y podía haber añadido que con las uñas sucias y un palillo de dientes en la boca. Así la figura queda completa. Aunque eso del palillo pudiera ser un alarde como aquel de muchos hidalgos hambrientos (los parados del siglo XVII) que se espolvoreaban migas de pan en sus deteriorados trajes, para simular que habían comido. Ya lo saben los camareros: el socialismo quiere acabar con cuellos y corbatas. ¡Mucho ojo! ¡Y si sólo fuese eso!... Pero al paso que vamos sobrarán también los sastres y... muchas cosas más.

Un señor diputado, cuyo nombre no queremos recordar, dijo muy seriamente que todo nuestro pasado debía suprimirse: que España nació el 14 de abril de este año de desgracia. ¡Pobre hombre! ¡Cuán ajeno estaría de suponer que eran los más remotos antepasados quienes le dictaban esa frase absurda! En los comienzos de la vida humana sobre la tierra no existían, efectivamente, ni historia ni tradiciones. Aquellos cavernícolas legítimos y auténticos vivían de la caza y de la pesca: no tenían noción del pasado ni del porvenir; no reconocían más leyes que las de sus necesidades y caprichos. El matrimonio y la propiedad no existían... ¿No parece que describamos a nuestros más conspicuos demagogos? Los extremos se tocan, y el punto culminante de ese progreso revolucionario es el retorno a la vida salvaje. Y sus devotos son tan ingratos, que no quieren reconocer la nobleza de sus ascendientes e inspiradores. La Revolución es la serpiente que se muerde la cola: pero esa serpiente es de cascabel.

En esta temporada tan divertida que estamos pasando, ¡qué gracioso es contemplar las caras de muchos comerciantes, hijos de antiguos personajes de Pérez Galdós, de los que el 12 de abril, después de tomar su chocolate, fueron tranquilamente a votar por la República, para ver qué pasaba!

Pues ya lo están viendo. Todos hemos empezado y no han mejorado más que los "enchufistas". Y todavía nos resignamos a las angustias económicas si los valores espirituales de nuestra patria hubiesen aumentado. Pero el derrumbamiento moral ha sido aún mayor que el económico. Decir, como aun dicen muchos: —A pesar de todo, ¡viva la República!— estaría bien si viésemos algo noble e ideal flotar sobre los escombros. No siendo así, ¿qué significa ese viva?... Un grito en la noche...

El señor Lerroux parece ha dicho, al salir de una reunión del grupo radical, que no importa les acusen de aproximarse a las derechas, porque sucede que hoy se llama derecha a cuanto tiene un sentido político justo y ponderado. ¡Hola! Estas palabras son parecidas a aquellas de Maura (D. Antonio). —La libertad se ha hecho conservadora—. Decididamente en el mundo se inicia una reacción: pero es necesario dirigirla, porque si no, pronto se desvirtuarán sus sanos principios y volverá el mundo a los horrores y errores que estamos todos sufriendo.

Quien tenga fe en la verdad no puede transigir con el error ajeno. Por ello el liberalismo, como el epicureísmo son propios de ricos y escépticos, y la plutocracia.

Criterio

comenzará el presente mes de Noviembre un ciclo de conferencias.

La primera se pronunciará en un teatro sobre el tema

El amor, profunda raíz política

por el director de nuestra revista, don Luis Hernando de LARRAMENDI.

Continuarán después

los Sres. PRADERA, PALACIOS y otros.

Dirijase usted a la dirección de

Criterio Velázquez, 106,

por escrito, si desea que se le reserven butacas, palcos o entradas.

No está aún decidido, pero acaso se fije un precio, que no excederá de tres pesetas butaca y una la entrada.

Charlas sobre el "Syllabus" Anfibologías políticas

por FABIO

IV

Ya que tenemos las manos en este opulento tesoro de la Suma de Santo Tomás, saquemos de ella otro pasaje.

En toda operación hay fin, agente y forma. Un carpintero se dispone a trabajar. El fin es la mesa que va a hacer; el agente, el carpintero; la forma, la sierra... Conforme a esto, que es en todas las operaciones, Dios interviene en todas "finalmente, eficientemente, formalmente".

Porque todo agente obra por un fin; el fin es siempre un bien real o aparente. Y no hay bien real o aparente, si no es una participación o semejanza del Bien supremo, que es Dios.

El agente creado es causa segunda respecto de Dios, causa primera; mas en todo orden de causas la primera influye en la segunda; la segunda obra por virtud de la primera. De modo que Dios, causa primera, influye en todos los agentes creados, causas segundas. El agente creado obra aplicando la forma. Dios no sólo obra en la aplicación de la forma, sino que la crea y la conserva.

Así interviene Dios en las operaciones de todos los agentes creados, sin menoscabo de cuanto a cada uno corresponde en la operación.

No hemos de entrar en ese vastísimo campo que abre a la filosofía y a la teología el concurso de Dios en estas operaciones. La existencia de ese concurso la defienden todos nuestros teólogos y filósofos; pero asombra la admirable contienda que acerca del modo de ese concurso sostuvieron y sostienen, siglos y siglos, las águilas del saber, bordeando el misterio.

Por todo lo cual apenas se concibe que haya, no ya católicos, pero ni siquiera creyentes en Dios, que nieguen la acción de Dios en el mundo y en el hombre o la excluyan del mundo moral o de una parte del mundo moral, tal como el Estado.

Imenso Dios, está presente a todas las cosas, sin exclusión ninguna; presente al mundo físico y al mundo moral, y al Estado también. Pero así como el sol dondequiera que está presente actúa, ilumina, así Dios actúa dondequiera que está presente. Luego actúa en todas partes, en el mundo físico y en el mundo moral, sin excluir al Estado. Negar esta acción es negar la inmensidad de Dios, que con su esencia se identifica; negar a Dios.

¿Ni quién duda que Dios, como ser inteligentísimo, obra a la manera de los seres inteligentes, por un fin, y que por un fin creó el mundo y que a este fin ordena los seres, cada uno de los cuales tiene un fin particular? El promulgó esas leyes, vibraciones de la ley eterna, que es su soberana voluntad; esos seres que, uniendo sabiamente los fines particulares, son como los hilos de oro por donde fluye el movimiento y la vida, la actividad universal en la red de la unidad teleológica del universo. Ha creado, pues, el orden universal; y como El conserva lo que crea con el mismo acto de su voluntad con que lo crea. El conserva, mantiene y guarda el orden universal. He aquí la acción de la Providencia y su gobierno en el mundo físico y en el mundo moral, cuya negación no sólo resulta absurda en labios católicos, pero hasta en labios siquiera aseveradores de la existencia de Dios.

Y es lógico que esta Providencia sea superior, especial en los seres racionales, superiores a los seres irracionales. Siendo por su razón, por su voluntad y por su libertad capaces de conocerlo y de amarlo en alguna manera merecerlo, son más nobles que los otros seres y más noblemente son provistos y gobernados, ya que es racional que Dios provea y gobierne a cada ser según el modo de cada uno. Así, lejos de ser la razón, la voluntad y la libertad del hombre motivo para excluirlo de la acción de la Providencia, lo adentran más en el cuidado de ella, allí donde es más amoroso y espléndido este cuidado providencial.

No sería importuno ahora entrar a velas desplegadas por la historia del mundo moral y del mundo físico, glorando las enseñanzas divinas de Jesucristo acerca de la Providencia de Dios sobre todos los seres en general y sobre el hombre como Padre amantísimo en particular. Por la historia del mundo físico vendríamos en conclusión a aquella profundísima afirmación de San Pablo: "In quo omnes vivimus, nos movemur et sumus". Que en Dios vivimos todos, nos movemos y somos. Por la historia del mundo moral vendríamos, entre otras conclusiones, a lo de Daniel: "El muda los tiempos y las edades; transfiere los reinos y los constituyes"... Veríamos cómo vienen de la mano de Dios las prosperidades y los trabajos y penas de este mundo, públicos y privados... y que de todos los

Asures, de todos los cataclismos de la historia, El puede decir lo que dijo de Asur: "¡Ay de Asur, vara de mi furor!"

Pero no hemos de eternizarnos en este artículo, y aquí acabamos con un escolio.

Esta acción de Dios en el hombre y en el mundo indica suficientemente la relación que existe entre Dios y las criaturas; relación de razón de Dios a las criaturas, y relación real de las criaturas a Dios. Esta relación de las criaturas es física en todos los seres, y en los seres libres es también moral, y se llama *religión*. Que teniendo por fundamento la creación y la conservación, alcanza al hombre dondequiera que esté: al hombre individuo, al hombre familia, al hombre Estado...

por Víctor PRADERA

I

Un hecho de experiencia multisecular pone de manifiesto que el hombre se halla dotado naturalmente de las suficientes energías para obtener con su aplicación al mundo exterior cuanto exigen la reposición de las pérdidas fisiológicas que experimenta y la adquisición de los nuevos elementos que su desarrollo reclama. De lo contrario, la humanidad no hubiese llegado al período de civilización y habría desaparecido fatalmente cuando carecía de los extraordinarios recursos económicos durante aquél acumulados. Y el hecho de experiencia viene confirmado por la palabra divina. Al ratificar el Creador al hombre el dominio de la tierra, después de su caída, le aseguró que con su trabajo de ella podría obtener lo suficiente para su vida. "Con el sudor de tu rostro—dijo—comerás

el pan hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste formado."

Pero es también un hecho de experiencia que el mismo trabajo humano da resultados económicos muy diferentes. Desde que el hombre, aplicando toda la energía de que pueda disponer a la naturaleza exterior, obtiene lo que es estricto para su subsistencia, hasta que trabajando con holgura produce objetos que exceden en cantidad fabulosa a sus necesidades más elementales, se presenta en la vida de la humanidad una gradación continuada de resultados económicos muy distintos del mismo esfuerzo humano, en cantidad y calidad. El *poder productivo* del trabajo humano no guarda una relación matemática con la intensidad del esfuerzo; su *productividad* varía entre límites extensísimos. ¿Tiene racional explicación fenómeno que a diario observamos?

La tiene, sin duda. Si el trabajo humano, actuando sobre la naturaleza exterior dentro del marco social, produce lo necesario para la satisfacción de las necesidades de orden animal sin el concurso de otros elementos, el trabajo y la naturaleza son los factores esenciales de la producción, y la sociedad el ambiente en que el trabajo se desarrolla. La *productividad* del trabajo dependerá, pues, evidentemente—a igualdad de esfuerzo—de las condiciones subjetivas en que el hombre desarrolla su actividad de los medios con que la aplica a la naturaleza, y de la organización y materia de la sociedad. El análisis no arroja más elementos de la operación económica de la producción. Habremos, pues, de estudiarlos para deducir cuál sea la intervención legítima del obrero en ella.

Que existen condiciones subjetivas por las que el hombre en el desarrollo de su actividad, a igualdad de esfuerzos, obtiene productos económicos en mayor cantidad y aun de calidad más excelente, es notorio. La habilidad profesional nos lo pone de manifiesto. Parecería una sandez, si no necesitásemos en estos tiempos de confusión volver constantemente nuestros ojos a las evidencias primeras para no dejarnos arrastrar por el flujo de anfibologías, afirmar que a igualdad de esfuerzo material el obrero hábil produce más y mejor que el torpe; y que a igualdad de productos, el primero gasta menos energías que el último. Como tampoco hace falta que insistamos excesivamente en el elemento subjetivo moral, que al lado del anterior predominantemente fisiológico, se observa en el obrero puesto en el trance del trabajo. El hombre que al trabajar siente que está cumpliendo un deber moral, en nada se parece en cuanto a los resultados de la producción, al que experimenta en su ser impulsos de rebeldía contra la sujeción que naturalmente impone el trabajo. Y es, por último, axiomático que por grande que sea el predominio del orden material en el trabajo manual, no cabe prescindir de la influencia en sus resultados del grado de cultura profesional del obrero.

Y así, habilidad, moralidad y educación profesional son las condiciones subjetivas que influyen en la producción. A igualdad de todas las demás, que luego serán someramente examinadas, los obreros hábiles, morales y profesionalmente educados, rinden económicamente más que los torpes, los inmorales y los ineducados.

Pero si la educación y moralidad del obrero tienen sus fuentes excelsas fuera del proceso de la producción, la habilidad las tiene dentro de ella. Cuando el obrero la aporta a una determinada industria, es que la había adquirido en otra análoga, por lo menos en una gran parte. Y ello, porque si la crea, la repetición de idénticos actos fomentada por la ley de la división del trabajo, sólo los métodos y los medios de trabajo facilitan, y aun en casos permiten, la aplicación de esa ley. La fuerza de trabajo en sí misma está condenada a idéntica productividad, a igualdad de moralidad y de educación. Para aumentar las circunstancias en absoluto independientes del trabajo y del trabajador, han de venir en su auxilio.

El método no es en el orden económico más que el conjunto de principios y procedimientos de orden técnico por los que el hombre aplica su fuerza de trabajo a la Naturaleza para la obtención de un objeto que satisfaga una necesidad humana. Y no es de extrañar su transcendental influencia en la producción, si se recuerda que ésta es obra humana, y que todo lo humano, aun lo que parece asimilable a la animalidad, está influido por la razón. Esa influencia no podía menos de aparecer muy clara en la nota más eminente del trabajo, es decir, en su productividad. El trabajo humano no es *instintivo*, como el de los animales, sino *reflexivo*; y es claro que siéndolo, la reflexión ha de calificar el producto del trabajo. Y la forma que la reflexión adopta en el trabajo es el *método*. Si las relaciones existentes en el proceso de fabricación tienen en la inteligencia del productor una clara idea; si el plan de las operaciones ha sido concebido de manera exacta, y si el orden entre ellas es el que la lógica impone, el producto del trabajo, por necesidad, reflejará todas las perfecciones espirituales que adornan al productor.

Los métodos de producción afectan, por lo tanto, doblemente a los resultados de la misma. Aumentan la cantidad de productos útiles a igualdad de tiempo, pues éste no se desperdicia con falsas maniobras; mejoran su calidad, porque favorecen la actuación de las leyes naturales. Y es claro que a esos fines, han de descender de la esfera espiritual en que se for-

jan a informar al trabajo dedicado a obtener un objeto útil, mediante la modalidad por él especificada. Y esta aplicación no puede ser hecha por el trabajador manual. Quien los aplique, en efecto, ha de conocerlos en toda su complejidad y elevación técnica; ha de estar dotado de las especiales condiciones que su aplicación postula, y ha de sentir el estímulo necesario para ello. La competencia, la aptitud para el mando y la participación en los resultados económicos del aumento de la productividad de trabajo, alcanzada con los métodos, son, pues, las condiciones subjetivas y objetivas que reclama la función de aplicar los métodos. Quien la encarna, y al encarnarla las reúne, es el patrono. Surge así en el proceso productivo, por exigencias indeclinables del mismo, al lado del trabajador manual y de la naturaleza sobre que actúa, el gran amplificador de la productividad del trabajo, mediante la aplicación al mismo de los métodos de producción.

Por la percepción de las relaciones de medio a fin, el hombre no sólo se sirve directamente de la naturaleza exterior, sino que la utiliza de modo indirecto, fabricando con ella y con su trabajo instrumentos que aplicados luego en la producción son medios para ella. Entre el trabajo primitivo, que tenía por órganos los naturales del hombre, y el realizado por instrumentos que el forja, hay bajo el aspecto de su productividad un verdadero abismo. Y todavía éste se agranda en fantásticas proporciones cuando esos instrumentos sirven al hombre para captar las fuerzas naturales y las de los animales, o para acondicionar la tierra misma sobre que actúa. Paso por alto la justificación de lo dicho, porque no hay nadie que no tenga clara sensación de ello.

Todos estos medios de trabajo constituyen lo que en conjunto se denomina *capital*. El capital no es, pues, ni el enemigo del trabajo, ya que amplifica sus efectos, ni elemento perturbador de la producción, ya que, por el contrario, la favorece. El capital es, en definitiva, el gran elemento de emancipación del obrero manual, que por él puede substraerse a los esfuerzos fisiológicos que le esclavizan, y el medio más poderoso de hacerlo productivo. Por eso acompaña siempre al hombre. La primera forma de su aparición fué, en efecto, la tosca herramienta con que la humanidad hizo más soportable y más fácil su trabajo.

La sociedad, en lo que al mismo afecta, ofrece un doble carácter. Es, por una parte, el ambiente en que se desarrolla; es, por otra, condición objetiva de su productividad. Sin la cooperación de diversas fuerzas humanas, el resultado económico que exige más de una no se obtendría jamás. Sin su coordinación, el que requiere operaciones distintas simultáneas, tampoco.

Pero, además, hasta la propia organización política, forma de la sociedad, es elemento de productividad del trabajo humano; ya que de la organización política depende la promoción de la paz y la administración de justicia. Y siendo sin su concurso el trabajo imposible, gran parte de la actividad del trabajador habría de aplicarse a obtenerlas por sí mismo—y ello de manera deficiente, violenta y costosa—, apartándola de la acción puramente económica, con el consiguiente daño en la producción.

El cuadro de los factores de la producción y de las condiciones de productividad del trabajo aparece así completo, aunque sucintamente bosquejado. En el artículo próximo sacaremos las consecuencias que del mismo se desprenden en cuanto a la intervención legítima del obrero en aquella.

Víctor PRADERA

Por razones de origen material, ajenas a nuestra voluntad e inevitables e imprevisibles, el presente número de CRITERIO, saldrá a la publicidad con un considerable retraso, que esperamos sea solo de algunas horas.

Condolencia

En San Sebastián ha hecho su tránsito, después de recibir con fervor ejemplar los Santos Sacramentos y edificar con su santidad a cuantos la rodeaban, la R. M. Blanca Pradera y Ortega, de la comunidad de religiosas del Sagrado Corazón de aquella ciudad.

A sus altas aspiraciones ofreció en plena juventud las promesas que el mundo la asignaba por su belleza, su talento y el relieve de su familia en la sociedad española, profesando, no ha mucho, en Religión. Y el Señor ha aceptado tan generosa ofrenda correspondiendo con la fineza de admitirla muy pronto a la vida inextinguible, que era su esperanza.

Aun los gentiles columbraban que los amados de los dioses mueren pronto.

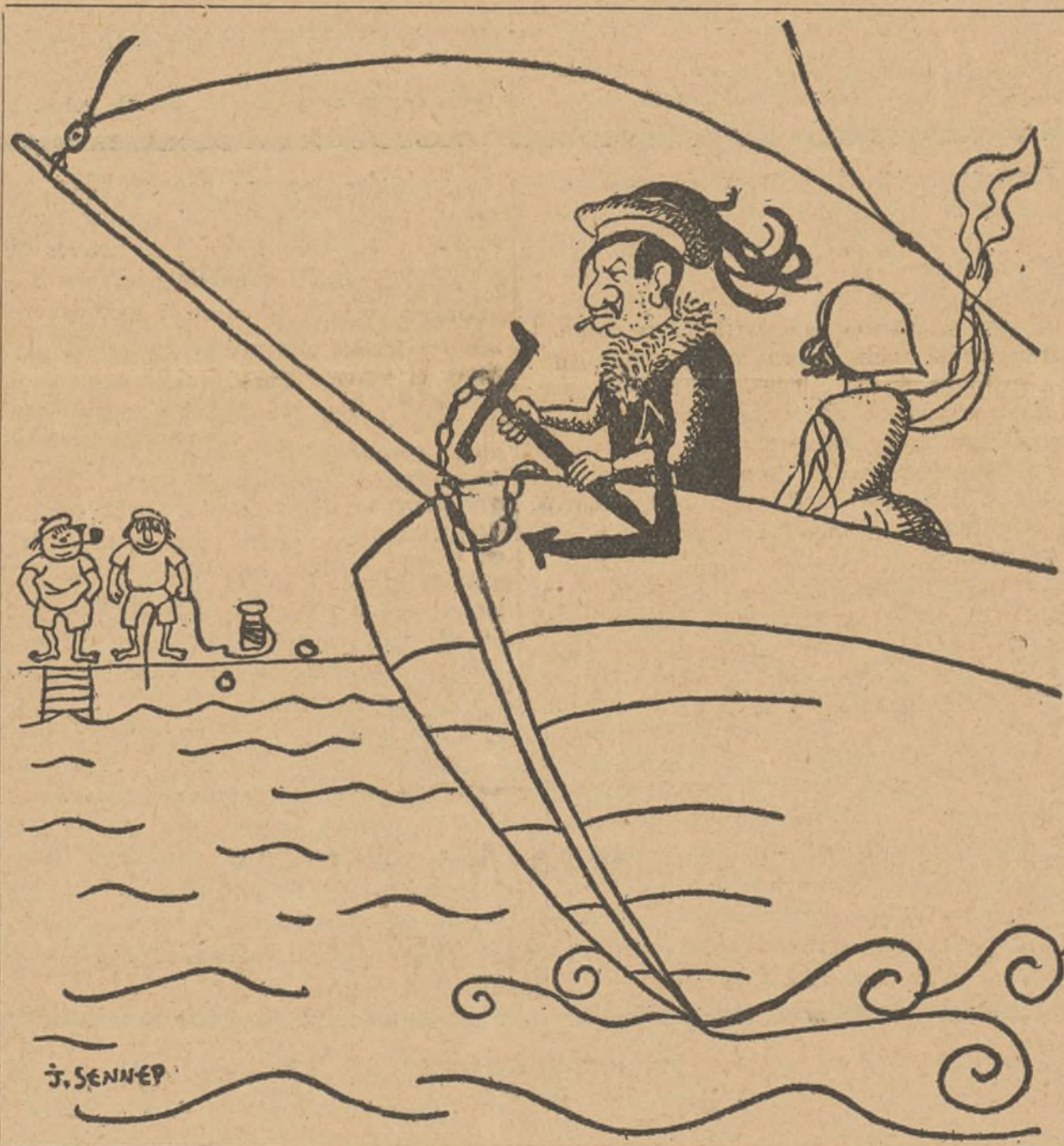
Pero en la vida, que el tránsito de la muerte comienza, está la verdadera ventura, y en ella cuentan más seguros con su inolvidable hija nuestros amigos los señores de Pradera (don Víctor), que en medio de su amargura, cristianos y padres ejemplares, alaban a Dios.

En CRITERIO compartimos su sentimiento.

ROMANCE DEL ALMA PERDIDA

por M. de PALACIOS OLMEDO

—¿Adónde vas, viejecita? ¿Adónde vas, vieja España?
—Camino por esos mundos a ver si me encuentro el alma.
—¿Dónde y cómo la perdiste? ¿Fue acaso en tierras extrañas?
—Fue aquí mismo, entre los míos... Cual sutil esencia rara se dispó lentamente mi sentimiento de patria, y desde entonces camino como histórico fantasma llevando lejos, muy lejos, mis dolorosas nostalgias.
—¿Viejecita, viejecita, madre de toda una raza, cuanto me estás refiriendo me confunde y anonada.
¿Tú sin alma?... ¡Es imposible! Te ayudaré a recobrarla expulsando de tu lado a unos hijos sin entrañas, renegados de tus glorias y ofensores de tus canas, por su maldad parricida causantes de tu desgracia.
Así dijo el caballero, estas fueron sus palabras. Después juró, de redillas, sobre la cruz de su espada, que del maleficio infame a su patria libertaba, o como cumple al honor perecía en la demanda, que más vale un bien morir que una vida deshonrada.



EL PRESIDENTE LAVAL VUELVE DE NUEVA YORK.

—¿Es Cristóbal Colón?
—No; Fiasco de Gama.

(Dibujo de Sennepe, en Cándido, de París.)

ZUMAYA ASKAR

FABRICA de motores marinos e industriales.

GRUPOS MOTO-BOMBA para regadíos, agotamientos y contra incendios.

GRUPOS ELECTROGENOS, ETC. Potencias de 3 a 120 H. P. y de 1 a 8 cilindros.

FUNDICION de hierro, metales y maleables.

ASTILLEROS Construcción de toda clase de embarcaciones de pesca, servicio y recreo.

PROVEEDORES de la Armada y Sociedad Española de Salvamento de Naufragos.

ESTUDIOS proyectos y presupuestos gratis.

Clave A. B. C. 5.ª edición
TELEFONO NUM. 55

Telefonemas
Telegramas
Cables

ASKAR

CONSTRUCTORES DEL
GASIFICADOR VELAZQUEZ

Reivindicaciones españolas

por el Doctor ALBIÑANA

Entre los recuerdos de mis andanzas europeas en busca de datos para reivindicar la ciencia española, ninguno ha dejado huella más grata en mi espíritu que mi permanencia en la evocadora ciudad de Montpellier, sede de una famosísima Escuela de Medicina en la Edad Media. Dos meses anduve revolviendo legajos en su bien ordenada biblioteca, obteniendo la impresión, que transmití al Congreso de Historia de la Medicina de Amberes (1920), de que lo esencial de aquella Escuela, su régimen y su enseñanza, eran puramente españoles.

El hecho no es extraño. Porque hablar de Montpellier en la época a que me refiero es hablar de la propia España, ya que, como es sabido, en 1204, por matrimonio de María, hija de Guillem VIII, Señor de Montpellier, con Pedro, Rey de Aragón, se incorporó aquel Señorío a este Reino; que en 1276 formaba parte del de Mallorca, hasta que fué incorporado de nuevo a Francia, por cesión de Jaime III en 1342.

Cerca de siglo y medio lució Montpellier como valioso florón en la corona de los reyes españoles; y si la historia ha de ser justa, tendrá que reconocer que durante este período la gloriosa Escuela recibió de España un benéfico influjo, que puede referirse a dos acciones: política y científica.

Llamo acción política a los actos de gobierno realizados en el antiguo Señorío montpellerense por los reyes de Aragón. Para comprender la importancia de la acción española, hay que recordar el estado de constante anarquía que malograba la labor de la Escuela a principios del siglo XIII. Ya, desde 1211, los maestros de Montpellier elevaron sus quejas a Guillem VIII, referentes a los abusos que cometían ciertos médicos de inferior condición, apelando a todos los medios reprochables para arrebatarlos los alumnos y lanzarlos al ejercicio profesional con una preparación deficiente. El Señor no sólo desatendió las justificadas reclamaciones, sino que resolvió en contra, dando amplias atribuciones a todos los maestros, buenos y malos, para que se dedicaran libremente a la enseñanza médica.

Tan perniciosa disposición redundó en descrédito de la Escuela, que hubo de refugiarse al amparo del poder eclesiástico, admitiendo los estatutos del Cardenal Conrad, dados en 1220 por delegación del Papa Honorio III. Ni la prudente intervención del cardenal, ni la confirmación de sus Constituciones por el Papa Alejandro IV en 1258, consiguieron poner término a este desorden. Hasta que el rey aragonés Jaime I dió una reglamentación para el ejercicio de la Medicina, cuya real cédula se conserva en los archivos de aquella Facultad, y dice así:

—Es conveniente reprimir la audacia de los que se aventuran a practicar sin haber sido examinados y autorizados, pues no solamente rebajan el prestigio de la Escuela, sino que, sobre todo, hacen correr peligro de muerte a la población, que ellos arruinan. Por lo tanto, prohibimos a quien quiera que fuere, hombre o mujer, cristiano o judío, ejercer sin autorización. Y si por suerte, alguien osara quebrantar esta prohibición, mandamos a nuestro lugarteniente, a nuestros bayles, castigar a los impostores, de tal modo, en sus personas y en sus bienes, que con el castigo de uno sólo sea reprimida la temeridad de los demás.

Esta bienhechora influencia de los reyes aragoneses respondía al alto concepto que a dichos monarcas merecieron todas las manifestaciones de la cultura, que bajo su reinado, llegó al máximo esplendor, en relación a la época. Así vemos a Jaime I fomentar la instrucción, fundando en Lérida una Universidad con el título primitivo de "Estudio general", y otra institución análoga en Valencia, agregada a la Catedral, según la costumbre dominante entonces de incorporar la enseñanza al fuero eclesiástico.

La influencia científica española en Montpellier es mucho más antigua. Cuando, en el siglo IX y comienzos del X, la naciente villa sólo era una colonia mercantil constituida esencialmente por vecindario fugitivo de la ciudad insular de Maguelone, destruida por Carlos Martel en 737, ya España era el foco de la cultura árabe en Occidente, que albergó en Córdoba, capital del Califato, a los más insignes médicos de aquella época. Córdoba fué en Occidente lo que Bagdad en Oriente. Y al ponerse en relación los árabes de los dos Califatos, tocaban en Montpellier y en Salerno, puntos de tránsito situados en el camino de ambos imperios sarracenos.

El principal texto de Medicina era por entonces del español Averroes y se titulaba "Coliget", compendio de los conocimientos técnicos de la época. Los estudios anatómicos se obtenían del famoso "Disector" de Alaghequí, otro árabe español, que practicó disecciones muchas antes de que se autorizaran en la Escuela de Montpellier por el duque Luis de Anjou en 1376.

Si de la Medicina pasamos a la Cirugía, nadie negará a España la gloria de haber producido a Albucasis, el gran prestigio quirúrgico que precede a Lennan y Gui de Chauliac. La obra del médico cordobés estuvo de texto en las escuelas occidentales durante los siglos XII, XIII y XIV. En la biblioteca de Mont-

pellier he tenido ocasión de examinar y estudiar detenidamente dos magníficos manuscritos de la "Cirugía" de Albucasis. Uno, pertenece al siglo XIII, vertido al latín por Gerardo de Cremona; y otro, al XIV, escrito en provenzal, con hermosas figuras minúsculas de instrumental quirúrgico. Ambos eran utilizados para las lecturas que daban los maestros, lo cual prueba que la ciencia árabe española tenía lugar preferente en dichas escuelas.

Por no alargar demasiado este bosquejo, sólo recordaré las figuras enciclopédicas de Arnaldo de Villanueva y Raimundo Lulio, maestros españoles en Montpellier, no igualados por su sabiduría.

Las vicisitudes sufridas posteriormente por la famosa Escuela, hasta llegar a su floreciente estado actual, ofrecen a la crítica histórica consideraciones muy ejemplares para los tiempos modernos. La Iglesia y España, tildadas de "obscurantistas" por los revolucionarios de 1789, fueron las que organizaron y sostuvieron la enseñanza en dicha Escuela. Mientras que la Revolución, tan culta y amiga del saber, tuvo el triste privilegio de decretar la muerte de la Facultad insigne, que durante siglos iluminó a los pueblos con los destellos de su ciencia.

Masonería española

Ha permanecido en estado yacente cinco o seis lustros, sobre todo desde la desaparición del Gran Maestro Miguel Morayta, y aunque el doctor Simarro trató de inyectarle vida colectiva, no pudo galvanizarla, y cayó últimamente en prudentes manos de Augusto Barcia, que consiguió abrir un abismo entre la Masonería simbólica y la filosófica, pero así y todo le empujó hasta llegar con la República a representar al Gobierno de la Revolución en el Consorcio bancario por influencias de la Masonería extranjera.

La Masonería española, moralmente estéril en Logias y Capítulos, ha sido instrumento y pediseca de extranjeros masones influyentes, y—en perpetua lucha entre Logias de opuestas aspiraciones—al llegar de improviso la República, hanse acallado mutuos odios, ante posible vendimia del poder político, y han empezado a nutrirse los cuadros vacíos con masones durmientes, ojalateros de la crítica y aprovechados de la oportunidad, hasta tal punto, que se ha cumplido la histórica frase lapidaria del excomulgado mason francés Gambetta, que dijo: "Todos los masones no son p..., pero todos los p... se albergan o utilizan la Masonería".

Ha sucedido que en la turbia avenida de la Revolución, han escalado puestos eminentes en el Gobierno de la República, cinco masones carteras de ministros, y diez y siete masones han ocupado cargos de gobernadores de provincia, con inmensa pléyade de satélites masones en ministerios y oficinas del Estado.

En libro de mason de alto grado, publicado hace pocos años, hallase un soneto con expresiva definición de la Masonería, y como es de suponer que el au-



EN SEVILLA, por MATEO DE CELIS

EL.—¡Eh!, se le ha escapado a usted un punto de la media.
ELLA.—Aquí no se ha escapado más punto que Rada.

2 de noviembre. - Olvido

La sangre—púrpura que tñó por más de medio siglo el glorioso tejido de la historia del Cuerpo de Artillería—fué secándose en los bordes de las heridas, y los flecos del manto de la muerte rosigaron la carne para dar de marío a su hartazgo macabro apenas que, entre girones de uniformes, la fantasmal fosforescencia de unos huesos amarillentos pudo alumbrar su herida.

Cinco nichos cubiertos por cinco modestas laudas negras coronadas con el viejo emblema de los artilleros. Cinco nombres: Puig, Balanzat, Escario, Fernández de Henestrosa, Pontes—¿dónde están los despojos de los Torreblanca, de Martorell, de Valcárcel, de Cadavall?—y una concisa leyenda común: "Muerto el 22 de junio de 1866".

22 de junio de 1866. Para conquistar no importa qué ideales, o para satisfacer no interesa qué ambiciones o qué apetitos, unos desdichados, víctimas del mal consejo y de peor aliento, quebraron la resistencia que oponían unas vidas consagradas al deber. Y, cumpliendo, las rindieron a Dios y a la Patria aquellos oficiales del cuartel de San Gil.

Una oración, un recuerdo, una dulce palabra de piedad, una lágrima que un momento brilló en la tierra al pie, una flor que dejó una mano amante, entubieron la crudeza de los inviernos de aquellos primeros inviernos que no llegaron sin que, en este día, sintiesen los huesos ateridos la caricia de un sollozo, el suave alfilerazo de un amor.

Después, hasta el postrer albergue que les ofreció este "Patio del Santísimo Cristo" del viejo cementerio de San Martín llegaron estremecimientos de victoria de un gobierno triunfador; el sordo estrépito de un trono que se derrumbó; el premio de los que trabajaron en su muerte; aquel sangriento día; los cantos jubilosos de una restauración; y el lejano ulular de una muchedumbre frenética en las horas del nuevo triunfo.

Si los muertos sufren del olvido y del desvío de los que viven, ¡qué hubiera sido preciso hacer para que no crujiesen de amargura y de desilusión los huesos de estos hombres que

sintieron en sí y dieron aliento en su muerte a una verdad sencilla y sublime: que la vida no sirve de nada cuando no se sabe perderla con señorio?

Pero los que quedaron fueron quizá olvidando este oterillo que lanza hacia el azul las verdes flechas de sus cipreses; y en ciego vértigo de actualidad, y en culto grosero rendido al éxito, y en una afamosa persecución del placer efímero, se enmohecieron sus resortes morales, y el momento que alguna vez esperaron estos muertos de que en torno suyo vibrasen encendidos de emoción mil corazones, fué alejándose hacia la región donde se pierden los buenos propósitos que no han de llegar a realizarse.

Es preciso volver por los fueros de la tradición; es preciso que quien hace un culto del deber rinda culto a la memoria de los que supieron cumplir sin recatos, es preciso que los corazones se arranquen cuanto los sobre para volver a encenderse en un fuego romántico y noble, y que el hoy acucioso y agobiador deje sosiego para pensar en lo que ayer fué bello y tuvo la elegancia pomposa de un verso de Quintana.

En el viejo cementerio ruinoso no hay hoy ni una flor, ni una mujer enlutada, ni un gesto dolorido. Al fondo hay unos nichos desfondados y unas galerías a medio desplomarse; aquí y allá se ve la humilde del piso y no sé si asoman astillas de hueso o de madera o de mármol. Único a un panteón una vela encendida, la junta, deja caer sus lágrimas de cera; otra se apagó hace ya tiempo y no acudió una mano a encenderla de nuevo. Trepan por los balaustres que rodean una sepultura; cantan y juegan—innocente profanación y feliz inconsciencia—cuatro o cinco chiquillos; al traspasar la puerta aún veo en un campito soleado, al socaire de una galería en la que blanquean lápidas de dorados letreros, una mesa preparada; alrededor la familia ocupa sus puestos, y, en pie, el conserje corta el pan y da a cada uno su rebanada, dorada y blanca, como las lápidas en torno.

Ramón SUERO DIAZ

CARTA-MANIFIESTO

DEL AUGUSTO SEÑOR DON ALFONSO CARLOS DE BORBON Y AUSTRIA DE ESTE dirigida a su representante en España el Sr. Marqués de Villorres

Mi querido Villorres: Centenares de telegramas recibidos de todos los pueblos de España me evidencian el profundo pesar que entre los tradicionalistas españoles ha producido la muerte de mi querido Sobrino nuestro R. Don Jaime (q. e. p. d.). Juntas y Círculos rivalizan noblemente en sus manifestaciones de dolor y en sus protestas de lealtad, demostrando el afecto que une siempre a la gran familia tradicionalista en unos mismos sentimientos, más vivos y más hondos a medida que el infortunio acrecienta las ocasiones de dolor o extiende los límites del sacrificio. Para todos ellos, los que aquí vinieron arrojando las molestias de un viaje penoso y los que en España quedaron acompañándonos con sus oraciones, mi más vivo agradecimiento.

Pero creería faltar al mismo si a tanta prueba de lealtad no respondiera Yo con la mía, aceptando el sacrificio que me pedis, impuesto más todavía por el deber que por el derecho, en las difíciles circunstancias por las que atraviesa España. Sacrificio postrero que nunca pude pensar me fuera exigido por la Providencia, pero que acepto decidido porque es la voluntad de Dios Soberano de todos los destinos y el deseo de la Comunión tradicionalista, acreedora a todos los sacrificios.

Aclamado por vosotros en estos días de tanta amargura para la Comunión católica-monárquica y para Mí. Yo recojo, aun desconfiando en mis fuerzas, pero confiando en el auxilio de Dios, la gloriosa herencia de doctrinas y sacrificios que mantuvieron todos mis Antepasados.

Luché con la Revolución en mis años de juventud, defendiendo, como soldado raso, los derechos de la Santa Sede ante la Puerta Pia y vistiendo como el mayor honor el uniforme de los Zuavos pontificios; volví a luchar con ella en días en que, como en los actuales, la Revolución había derrumbado el Trono en España, perturbando el orden y profanando el Templo. Toda mi vida ha sido un culto constante de los sagrados principios que integran el credo de la Comunión tradicionalista. Llamado por Dios para mantenerlos cuando mi vida declina y la proximidad de la muerte acrecienta el temor de las propias responsabilidades, los proclamo con igual entusiasmo que entonces; y, a todos vosotros, mis queridos leales, invito, para que en unión de cuantos quieran colaborar en esta difícil empresa, que es empresa de todos los buenos españoles, defendamos, en primer término, el Altar, rescatándolo de las manos de los incendiarios para entronizar en él la fe de nuestros mayores, que fué siempre el alma de toda la historia española; el orden, que solamente puede vivir sobre las bases que el Cristianismo impuso a la vida de los pueblos; el matrimonio indisoluble y respetado en su categoría de Sacramento; la familia cristiana, fundamento

social de toda sociedad civilizada; la escuela como instrumento de cristiana educación, alejada de todo laicismo disolvente; el derecho de propiedad, condición natural de toda economía progresiva; y también, y muy principalmente, los derechos de las clases trabajadoras, otorgándolas todo el amparo de las modernas Constituciones, pero dentro siempre de un orden social cristiano.

En este instante, primero de mi actuación, tampoco debo olvidar el respeto que deseo guardar a los Fueros y Libertades de Reinos y Señoríos, verdadera constitución histórica de la libertad en nuestra Patria, tal como mi hermano Carlos hubo de jurarlos en ocasión solemne y mi sobrino Jaime los defendió, siguiendo las normas de la Monarquía tradicional en España, sin perjuicio de acomodarlos a las circunstancias de los modernos tiempos y reconociendo siempre el derecho de las Regiones, cuya autonomía proclamo y cuyas tradiciones reverencio.

Y mantengo, por último, los principios de la Monarquía tradicional española, encarnación de una autoridad respetuosa para los pueblos, pero fuerte ante las provocaciones de la demagogia, depositaria de todas las tradiciones y cauce el más amplio para todo el verdadero progreso.

Yo espero que me ayudaréis a defender esta Bandera, haciendo que ella sea no solamente símbolo de ideales sagrados, sino también guía de actividades fecundas, esperanza nacional y no solamente enseña de un partido. Por Dios y por la Patria, por los Fueros y tradiciones de nuestra querida España y por la lealtad que siempre guardasteis a los Representantes de la Monarquía tradicional que me antecedieron en esta difícil empresa, espero de vosotros la máxima colaboración en estos momentos en que España atraviesa una de las más graves crisis de su Historia.

Recibid, pues, con mi reiterado agradecimiento, el saludo cariñoso que envío a vosotros, veteranos, que conmigo luchasteis en el campo del honor frente a la primera República y también a vosotros, jóvenes decididos, llamados, acaso, por Dios, así lo espero, a recoger el fruto de tanto sacrificio y el premio que Dios nunca niega a los que militan en su causa.

¡Que El proteja nuestra empresa, salve a España y bendiga los esfuerzos de todos, como así se lo pido de todo corazón junto al cadáver de mi querido Jaime (q. e. p. d.)!

Dios te guarde, como de corazón lo desea, tu afectísimo,

ALFONSO CARLOS

Real Tenuta de Via Reggia, fiesta del Pilar, 12 de octubre de 1931.

Horizontes internacionales

por M. de P.

Un triunfo significativo.

Cuando acabó la guerra europea supimos que uno de los jefes socialistas españoles que hoy ocupa un preeminente cargo dijo, refiriéndose a orientaciones futuras, —Miremos a Inglaterra.— Pues bien: ahí está la lección. Dos años de socialismo han estado a punto de hundir un edificio económico tan sólido como el inglés. La experiencia está hecha, no sólo allí, sino en Francia, Italia y Alemania. Y, desgraciadamente, la estamos haciendo los españoles, hartos costosa.

Pero la mayor parte de la humanidad sólo corrige sus errores cuando le llegan a lo vivo las consecuencias. La frivolidad, la ignorancia y el don zoológico imitativo forman las tres cuartas partes de los elementos revolucionarios. Claro está que en cuanto la inundación llega a sus bolsillos, se acabó el revolucionarismo de esas gentes. Esas masas inglesas que han desertado del laborismo para volver a un nacionalismo conservador, pertenecen a la categoría de los arrepentidos. ¡Ojalá les dure siempre su arrepentimiento!

Lloyd George ha sufrido el castigo justo de todo político muy personal en una época técnica y objetiva. Cumplió ya su misión, paralela a la de Clemenceau durante la guerra, y debe retirarse y no embarrullar con sus posturas violentas y sus gritos la política serena de Inglaterra. ¡Qué modelo de pueblo!... Reúne el amor

a la tradición con el deseo de caminar siempre hacia fines cada vez más altos y formas nuevas: es muy suyo y muy cosmopolita; de un potente individualismo y de un gran sentimiento colectivo. ¡Miremos, sí, hacia ese gran pueblo que no tiene una Constitución salida en unos días de los sesos pedantes en remejo de un teorizante de la cátedra! ¡Miremos, sí, a esa gran nación, que conserva instituciones seculares y muchas de cuyas leyes tienen la pátina gloriosa de los siglos!

A pesar de los defectos e inconvenientes del absurdo sufragio individual y universal y del régimen artificial de partidos ha sabido, reuniendo todas sus fuerzas sanas, echar afuera el veneno socialista, tan funesto en sus formas hipócritas y fingidamente mesuradas como en las violentas. Y tomemos ejemplo. Desechen los temerosos esos miedos al coco socialista y retíren los desorientados y los cursis, copiadores de la última moda política, su admiración hacia aquellas ideas. Es preciso no confundir el socialismo con la política social, hoy necesaria para toda actuación gubernamental. Así como ellos quieren hacer la distinción entre religión y clericalismo, nosotros hemos de hacerla entre socialismo y justicia social. Esta supone la negación del odio y de la lucha de clases, que son precisamente los dogmas de aquí.

En este naufragio plebeyo de tantas cosas elegantes y exquisitas, aun hallamos consuelo viendo a esos lordes y millonarios ingleses acudir desde diversos puntos del extranjero a votar en un momento crítico de su patria. Y contemplando cómo el sentido hondo y elevado del conservador puede ser a la vez muchedumbre callejera entusiasta y socios de un club aristocrático. Aquí, en nuestra patria, ¡cuán distinto espectáculo! ¡Aprenderemos alguna vez o jamás saldremos del orgullo impotente o el cerrillismo demagógico, o los opuestos de una gran mayoría de españoles?

CRISIS DE LA MODA

por la Baronesa de Guecho Martiartu

Dime de qué presumes te diré lo que te falta, dice el sabio refrán. No hay que aplicarlo sin discernir, porque si por cada presunción se dedujese un carcelamiento, media humanidad carecería hasta de existencia.

Pero con tino, es exacta la moraleja. Y ¿quién puede dudar que es atinada la estimación de que la época moderna, el siglo XIX y lo que va de XX, presumen de libres, de personales, de individualistas?

En efecto; esa es su más característica presunción. Y para crédito del proverbio no ha habido en el mundo época más borreguil y rutinaria. La moda es un ejemplo.

Siempre el sentido imitativo ha abierto corriente de repetición de trajes y gustos en la sociedad. Pero las diferencias con lo ocurrido en nuestra época eran de importancia.

Por de pronto se cambiaba con lentitud. Basta leer en los inventarios y adjudicaciones de herencias de los viejos siglos. Difícilmente traspasaba las clases sociales. Y venía de arriba a abajo, de Príncipes y personas relevantes, en vez de venir de abajo a arriba, de mujeres mundanas y majaderos.

Pero la mayor característica de la época es la uniformación, el gregarismo. ¿Se propone la moda de la falda larga y una mano clavada en llevarla recogida? Pues todas las mujeres, como víctimas de un estado de catatonia, en la exacta actitud. ¿Se idea pintarse los labios, no para embellecerse, sino como quien lleva un estrepitoso galón de uniforme? Pues la mayoría de las mujeres con los labios escarlata y la lengua y las encías repugnantemente amoratadas o blancuzcas.

De los varones, no digamos. Valía la pena de que hubiese habido una buena revolución si servía para quitar de en medio tanto pelito ondulado, tanto nudo inverosímil y tanto pasito de danza entre leguas cuadradas de pantalón y americanas escasisimas. Lo malo está en que eso... es más de la mitad de la única revolución a la moda.

Sin embargo, las transformaciones se operan íntimamente. Y uno de los signos más evidentes de que el borreguismo democrático comienza a desaparecer, lo da precisamente la moda en el día de hoy.

Ocurre en este momento—dice un cronista parisién—un fenómeno curioso, que no se conocía desde tiempo inmemorial: no hay moda. ¿Se debe a la crisis y pesadez de los negocios?... Cada cual viste como quiere; vestidos largos y cortos; flojos, flotantes o ajustados; sombreros de todas formas; no hay color oficial.

¡Loado sea Dios! Bienvenidas las preocupaciones que hacen entrar en sí a cada cual, si han de quebrantar las supersticiones borreguilas de la democracia en la moda como en tantas cosas.

Momento feliz en España, el país distinguido por su noble elegancia, para sustituir la inconsciencia servil de la moda, dictada no sin malignidad masónica y revolucionaria, con el nativo gusto español de la sencillez y entonada dignidad.

¡Qué bellas figuras, aun en los tiempos actuales, algunas damas españolas, en quienes la sencillez llega a lo exquisito y la exquisitez las hace sencillas, sin punto de carmín postizo, ni recorte absurdo de ningún trapo; figuras de eterna admiración por su elegancia de tono espiritual! ¡Qué prestancia varonil la de los españoles que aun conservan la corrección y el entono un poco severos, pero elegantes, del gusto de otros tiempos!

Se podría decir de unas y otros lo que Spengler dice del retrato en Occidente moderno: "La mirada, el juego de la boca, el porte de la cabeza, las manos; todo ello es un contrapunto musical de sentido delicadísimo que viene como a sonar a los oídos del espectador inteligente."

Todo ello es el valor espiritual, señorial y humano, de nuestra raza, que pugna con la materialidad plebeya y amueñada de la invasión que padecemos.

Los días y las horas

Revista de la SEMANA



Política de ida y vuelta

Regresa Laval, el presidente del Gobierno francés, de su viaje a Nueva York. Viaje dichoso: recibimiento frío en América, que hizo decir al presidente: "Es sensible que Briand no haya enviado su brigada de ovaciones espontáneas"; buena voluntad de Hoover y Laval; estridencias del senador Borah; ilusiones fantásticas del periodismo, expertos y genuinos elementos democráticos, y... nada entre dos platos.

Los expertos franceses, impresionados por la acogida de sus colegas americanos, dejaron en libertad a la loca de la casa y forjaron, en pasta de nubes, planes fantásticos: reducción de las deudas y de las reparaciones; salvación de la renta anual incondicional por una emisión de obligaciones internacionales que desahellarán los créditos inmovilizados en Alemania; se pondrían dientes y uñas al pacto Briand-Kellogg organizando contra la agresión eventual sanciones económicas, en un convenio de seguridad.

Borah se encargó de echar agua, y mucha, al vino; rechazando toda posibilidad de intervención americana en los tratos europeos sobre la base del tratado de Versailles.

No era menos firme el sentir de los hombres de negocios americanos. "¿Prestación en especie? ¿Qué hacemos con el trigo, el algodón, el cobre, el acero nuestros, si nos rechazarán venderlos a precio fuerte a Europa si a ésta se le ocurre hacer más tonterías? Inglaterra aprovechará la ocasión".

Las consecuencias serán que Francia podrá tener pretexto para desentenderse de obligaciones en la Conferencia del desarme de febrero próximo.

Y total, nada. Una nota oficial de Laval y Hoover, que costó muchas horas de penosa confección, precisamente para no decir cosa de sustancia y que ha de ser fraudada a los ignorantes que esperan siempre milagros de las improvisaciones más temerarias en los negocios más complicados, a donde lleva la locura política de nuestro tiempo a ese género de héroes de la audacia que son nuestros prohombres, entre los cuales, el que más, como Laval, es un poco prudente.



Nueva dictadura inglesa

Se celebraron al cabo las elecciones inglesas. Propagandas formidables, según el estilo acreditado de Inglaterra. Incidentes violentos, como no puede menos de producirse un sistema que, aun practicado con perfección retrotrae las sociedades al espíritu tribal más retrógrado. Arduos, todos los inveterados en el sistema electoral. Y entusiasmo también, muy grande, por cierto, y muy sensato, pues Inglaterra tiene sentido práctico y se jugaba una carta trascendental.

El resultado, ultraconservador. El socialismo barrido con pérdida de más de doscientas y media de diputados. Once veces reúne la mayoría conservadora el número de diputados que han obtenido entre todos los partidos de la oposición. Pero sobre el fracaso del socialismo, que es igual y estrepitosamente ruinoso en todas las naciones donde de cualquier

modo gubernamental influye: Rusia, Alemania, Inglaterra, España; sobre el conocido fiasco socialista que en todas partes multiplica el paro, eleva el coste de la vida y pone en trance de agonía la riqueza y economía nacionales; el verdadero elenco de las últimas elecciones inglesas está en la articulación de un elemento de gobierno genuinamente monárquico y unificador: la dictadura conservadora.

De los dos partidos clásicos del parlamentarismo tradicionalista de Inglaterra, que nunca es igual que el atomismo caótico hijo de la revolución francesa, bajo la influencia corrosiva que esta última viene ejerciendo en el mundo, había llegado Inglaterra también a encontrar diez o doce partidos en las recientes elecciones. El resultado rae esa subdivisión cancérosa y crea una composición parlamentaria completamente unilateral y conservadora.

Todo en el mundo político acusa el término de la locura democrática y la necesidad indispensable de buscar el resorte precario de las dictaduras en espera de madurez de la apoteosis monárquica, que es el porvenir que los espíritus penetrantes adivinan.



Apachismo demagógico

Otra u otras escapatillas de Rada. Buen tipo para estudiar la embriaguez amorosa de las popularidades democráticas.

Todo es ruido, anuncio, exhibición, reclamo, captación y volteretas sin discernimiento, lo que influye, luce o triunfa en nuestras famosas sociedades contemporáneas, libres, progresivas, capacitadas y tantas otras mistificaciones más.

Rada obtuvo con Franco y demás compañeros una reputación merecida con su viaje aéreo a Buenos Aires. Cuando salieron después de oír misa en el convento de la Rábida. Aquella reputación les proporcionó honra y provecho. Es cierto que el triunfo envanece y con facilidad hace perder la cabeza; pero, ¿cómo en otra época se podría pasar con pretensiones de conservar o aún de acrecentar la popularidad desde el decoro de una acción ilustre a las desvergüenzas del apachismo político más desautorizado?

Nuestra época, que a todo disparate da prestigio y rango de opinión respetable, puede permitir esas anomalías. Y Rada, no sólo tiene hoy un partido detrás de sí, sino el más profundo sentimiento de convicción de que las leyes y las cárceles no rigen ni tienen jurisdicción alguna sobre él.

Por eso se escapa con colaboraciones y facilidades que no encontrarían para nada las personas decentes llevadas por desventura a una prisión.



Herodes burocrático

Herodiada burocrática. Una hazaña sin h. que, naturalmente, no podía ser cosa normal. Con el concurso deliberante de una mecanógrafa se ha dispuesto la decapitación en los escalafones del cincuenta por ciento de los funcionarios públicos.

La crítica ha sido abundante; ni viabilidad, ni beneficio económico, ni una sola satisfacción pública ni privada. Un juego

de sport y de caza para pasar el rato aplicado a la vida pública. Un arbitrio de mesa de café que se encuentra con posibilidades de realización en el ensueño que sirve de argumento a un sainete vulgar.

Pero la trituradora ha sido trituradora y el balduque ha apretado más el cuello de sus verdugos de lo que pudiera esperarse ante la disciplinada abnegación de Marte en trance parecido.

Desde el 14 de abril parece que los gobernantes se pasan las noches en blanco exprimiendo la imaginación para ver a qué sector social, incluso de amigos, y con la mayor extensión posible, se hiere en lo más vivo y se disgusta a la mañana siguiente.



Invitación al vals democrático

Junta extraordinaria de accionistas en el Banco de España de importancia capital. Todos los cortos

de luces, cuando se insiste ante ellos por los daños trascendentales del régimen político de partidos y de opiniones que implica la democracia, hasta cuando asienten, se quedan sin penetrar y asimilarse la índole fundamental de semejante error o vicio político que produce nada menos que la destrucción social completa. Tiene que llegar un caso concreto en que el sistema lastima los más caros intereses y aun entonces, no obstante el respingo del sobresalto, esas pobres personas, que son la inmensísima mayoría en el mundo político, aun entre los que escriben y tienen pretensiones o ejercicios dirigidos, pasan de largo sin percatarse de la transcendencia de la causa.

La Junta extraordinaria de accionistas del Banco de España, entre reparos de menos importancia, ha hecho frente al proyecto de ordenación bancaria porque éste liga la vida del establecimiento a las fluctuaciones, veleidades y disparates del paso de los partidos por el Gobierno.

El Banco dice: Si quedamos ligados a la marcha política, perderemos nuestra solvencia y nuestra eficiencia.

Y es cierto. Pero no es menos cierto que eso no le ocurre sólo al Banco de España cuando la incoherencia y la inestabilidad de la política opinionista y de partidos de la democracia llega hasta invadirlo a él, sino que con tanto más motivo le ocurre a la nación, sociedad más complicada y de intereses más variados y respetables.

La incongruencia democrática es la que hace que sea posible admitir para el régimen del país lo que todo el mundo sin vacilación encuentra absurdo para el régimen de una entidad mucho más reducida y sencilla, como el Banco de España.

PARA
CALEFACCION
Antracita 1.^a ciento veinte pías. tonelada
ALMIRANTE, 12, y COSTANILLA DE CAPUCHINOS, 4
Teléfonos números 11945 y 16078

ANUNCIOS POR PALABRAS

DIEZ CENTIMOS PALABRA — MINIMUM, CINCO PALABRAS

CASA DE VIAJEROS recomendada: Manuel Hernández. Baño, cocina esmerada. Corredora Baja, 14, principal. Teléfono 11627.

SACERDOTE proporciona excelente hospedaje a estudiantes católicos. Escribid: Apartado 8.099.

DOCTOR EN CIENCIAS se ofrece para clases. Individuales, cinco pesetas hora; colectivas (hasta tres discípulos) tres pesetas hora. Razón: CRITERIO.



Gritos subversivos

Corrió por todo Madrid entrecruzada en mil direcciones la noticia de que en los Ministerios, además de hacerse la huelga de brazos caídos, se habían profirido gritos subversivos, lo mismo que en la Bolsa.

También en la Castellana asegurábase que el domingo hubo gritos subversivos y algunas detenciones.

Puesto todo en su verdadero lugar parece ser que los funcionarios públicos han trabajado con intensidad y hasta satisfacción interior y que en la Castellana el único grito subversivo que se dio fue viva Cristo Rey, según testimonio del señor Galarza.

Todavía podemos asegurar que ni ese santo grito fue profirido y que lo cierto es que la indignación producida en algunos guardias al ver caer a uno de sus compañeros, que tropezó en el alambre de los setos, fue la causa de que se detuviera a cuatro o cinco muchachos paseantes indiferentes de la Castellana, entre los cuales está un hijo del general Muslera.

La detención acordada contra esos inofensivos viandantes debería suspenderse como se ha suspendido la aplicación del decreto sobre funcionarios.



De Canibalia

De un hecho incalificable da cuenta la Prensa del día: En Somorrostro fueron asesinados a mansalva y sin relación pre-

cedente que pudiera hacerlo sospechar, dos venerables sacerdotes que paseaban tranquilamente, por un grupo de anarquizantes. Unos y otros se cruzaron en el camino, saludaron los sacerdotes sin obtener contestación. Unos cuantos pasos más allá la embriaguez del odio se sobreexaltó en los apaches políticos, sin duda por la maldad de la urbanidad sacerdotal.

Y nutridos y abrevados en odio y amoralidad, los fieras, arrebatados de furia, y como si fuera su más propia misión en este mundo, debieron no vacilar en creer oblativo el traidor asesinado.

Pero es la culpa; pero los mayores culpables son los responsables de que pueda existir y haber existido durante un siglo en España licencia legal para propagar ese espíritu de crimen.

Responsabilidad habrá también para quienes puedan hacer perder el tiempo pretendiendo encontrar la catolización y el orden del país en echar parches a la Constitución, sin ver el estrago que se ha producido y seguirá produciendo en mayor escala sobre el pobre pueblo español, al amparo de todas las absurdas Constituciones liberales.

Un recuerdo de caridad y admiración para los sacerdotes mártires de su fe.

Hernando DE LARRAMENDI

Los bellos escrúpulos

por José María PEMAN

La Ley de Defensa de la República.

Se ha dictado una ley sobre defensa de la República. Es una ley tajante, practica, finalmente utilitaria. Sin disimulos. En ella, por ejemplo, se castiga el "difundir noticias que puedan quebrantar el crédito". (¿No será entonces posible, en adelante, noticiar: "Prieto seguirá en Hacienda"?). En ella se pena cualquier emblema o insignia monárquicos. Se podrá ir a Fernando Poo por unos pasadores o una pulsera...

Ante esto, hay quien hace aspavientos y visajes de extrañeza. No comprendo la razón. Se trata de una ley antiliberal, un poco fascista, un poco soviética. Se trata, sencillamente, de una ley de esta época. ¿O es que todavía no se han enterado los españoles de que en el mundo el liberalismo ha muerto y, lo mismo por izquierda que por derecha, el que se cree en posesión de la verdad trata de imponerla de un modo práctico y realista, sin escrúpulos ni remordimientos liberalescos?

El liberalismo fue una cosa romántica del siglo pasado, como el vals. Claro que los que nacimos en aquellos días e impregnamos nuestro temperamento en las bellas quimeras liberales, nos cuesta ahora trabajo renunciar al liberalismo y acomodarnos a este nuevo tono práctico, realista, seco, de la ley de defensa de la República. Nos cuesta trabajo como nos lo cuesta olvidar el vals lento de los zinganos, para acomodarnos a las asperezas del jazz-band. Pero... ¿es la época!

Azaña es, sencillamente, un hombre de su época. Sin detenerme a graduar escalas, en grande o en chico—eso no importa—, tiene cosas mussolinianas y cosas de Lenin. Basta repasar sus escritos de hace ocho, nueve, diez años, para traslucir en él el temperamento antiliberal y moderno que llevaba en germen esta ley moderna y antiliberal de la defensa de la República.

"Mi propensión a lo absoluto no me deja ser misericordioso—escribe—: a un axioma abstracto, intemporal, subyugaria yo mil libertades particulares." Por eso ahora está dispuesto a subyugar cuantas libertades crea necesario para salvar lo absoluto de la República. Más adelante escribe: "...la probada zafiedad general"... Con esas solas palabras ha caído, de un hachazo, todo el liberalismo: las mayorías, el sufragio universal. Si la generalidad es zafia, ¿a qué esas cosas?... Todavía, más adelante, en otro artículo, añade: "No soy indulgente, no transijo, no perdono: tengo la soberbia fácil." Como veis, pues, el antiliberalismo agudo de la ley de Defensa de la República no es una improvisación policiaca y excepcional de su autor ante unos momentos críticos. Es una concepción política, muy de esta época, teorizada y elaborada lentamente por él, sin disimulo y sin vacilación.

Pero entonces—se objetará—¿por qué se lanzaron aquellos anatemas contra Primo de Rivera y la Dictadura? ¿No era esto mismo sacrificio de las libertades particulares a lo absoluto de España; consideración de la zafiedad general, antiliberalismo, en una palabra? ¿No era esto?

¡Ah!, la gran torpeza de las derechas españolas ha sido no darse cuenta de la renovación total operada en el mundo en la ideología política y haber vivido absurdamente cohibidas, paralizadas, por bellos escrúpulos liberales:

bellos... pero funestos, por ineficaces.

Don Antonio Maura tenía, desde la derecha, una amplia concepción revolucionaria de cuanto España necesitaba para salvarse. Pero cuando llegaba el momento de llevar a la práctica, heroicamente, sus medidas salvadoras, don Antonio vacilaba: en vez de hablar crudamente, como Azaña, de la "zafiedad general", hablaba melifluamente del "respeto al sufragio y a la voluntad general" y lo echaba todo a perder. En los momentos críticos le asaltaba el escrúpulo de la libertad y la ley. Bastaba que el Congreso no le aprobase el acta de Coria para que se marchase, dejando en el hemicycle, como un cadáver abandonado, todo un sabio proyecto de reconstitución de España.

¿Y Primo de Rivera? Primo de Rivera tenía también una concepción gigantesca y mística del bien de España y pretendió llevarla a la práctica de un modo dictatorial y expeditivo. Pero Primo de Rivera no era, como Azaña, un intelectual. No sabía—porque no alcanzaba a ello su rudimentaria cultura política—que aquel modo suyo de gobernar, fuerte, práctico y realista, era ya en el mundo teoría general política. Creía de buena fe que el mundo se regía todavía por aquellos románticos dogmas liberales que él había leído en la Prensa de niño. Sentía también escrúpulos. En lugar de teorizar su modo antiliberal de gobernar, como novísima teoría política reinante en el mundo, lo disculpaba como excepcional y transitoria necesidad. Jamás se atrevió a declarar crudamente y de una vez, como Azaña, que la generalidad es zafia y hay que imponerle su propia salvación a la fuerza. Esto puede decirlo un intelectual, pero no un soldado. Cuando Primo de Rivera, excepcionalmente y dando mil explicaciones en sus ingenuas notas, mandaba a un ciudadano a Chafarinas, era una *militarada*. Cuando Azaña, aplicando la ley de defensa de la República mande a alguno a Fernando Poo, será sencillamente un caso de intelectualismo de "supeditación de la libertad individual a la defensa de lo absoluto".

¡Ah...! ¿Si Primo de Rivera en vez de sentir su dictadura como una simple medida de urgencia, excepcional y policiaca, la hubiera sentido como novísima doctrina política, como fenómeno de esta época antiliberal! ¿Si en vez de ser soldado hubiera sido intelectual! ¿Si en vez de tener que improvisar cada día en sus notas de dictador la disculpa de sus medidas, hubiera tenido previamente, como Azaña, elaborada en sus libros y artículos de intelectual la teoría de su nuevo modo práctico y expeditivo de goberno... Entonces, Primo de Rivera, en vez de adoptar, con mal disimulosos escrúpulos y remordimientos, medidas gubernativas, hubiera dictado claramente, francamente, jurídicamente—según la nueva juridicidad de esta hora—una práctica "ley de defensa de España", con sus medidas energías y expeditivas... Y entonces, a estas horas, no se habría dictado esa otra ley de defensa de la República.

Pero... Yo también siento escrúpulos de humanidad y de civilización; no puedo renunciar a la idea de que, tarde o temprano, triunfará la política bella y culta de la tolerancia y el mutuo respeto.

RIVADENEYRA (S. A.) ARTES GRÁFICAS.—MADRID.

LA HAZAÑA DEL TIO PERETE

NOVELA CORTA

por ENRIQUE TOMASICH

de sentido como cualquiera del chino o del sánscrito, y así me limité a decir que era una población... importante..., muy importante..., con la mar de habitantes... muy importante...; en fin, que era una población... que debía estar cerca de... de Lumbrales... y que... que... Al llegar a este punto de mi conferencia, no tan luminosa como hubiera sido de desear, creí muy del caso, para suplir la falta de ciencia de que adolecía, meterme ambos puños en los ojos y romper a llorar como un becerro, conducta que por espíritu de imitación hubiera seguido buena parte del auditorio, tan adornado de conocimientos geográficos como yo, a no atajarlo el tío Perete con un torrente de ¡cuernos! y de ¡recuernos! que metía miedo.

Aquietáronse al fin los ánimos, y el buen viejo, después de tildarnos de ignorantes, cosa que era mucha verdad, y de asegurar que abominaba de nosotros, que ya no lo era tanto, reclamó nuestra atención, carraspeó antes de empezar a hablar y prosiguió el interrumpido relato de esta manera:

II

—Estando yo, como digo, en Vitoria, recibí de improviso mi batallón la orden de ponerse en camino para perseguir y ahuyentar una partida enemiga que se había presentado en los confines de la provincia.

Recibí la noticia con alegría, porque, ¡cuernos!, se cansa uno de todo, y ya estaba yo hasta la coronilla de la vida pereza y maleante de guarnición... Además, porque aunque en lances tales es fácil sacar un poco estropeado el pellejo, y aún desencarnar, como decía con buena sombra un espiritista andaluz de mi mismo batallón, tampoco es del todo imposible al-

canzar un galoncillo que, aunque de estambre, no es menos apetecible y digno de aprecio.

Salimos, pues, de Vitoria cierta tarde desapacible y lluviosa del mes de noviembre, y ¡hala, hala!, empapados de agua hasta los huesos y con barro hasta las rodillas, llegamos, al cabo de tres interminables jornadas, a un pueblo de cuyo nombre no me da la real gana de acordarme. Y aquí viene lo bueno... es decir, lo malo, al menos para mí, porque habéis de saber que lo mismo fué salir de Vitoria que empezar a sentir tales agonías y sudores de muerte, que creí que la hora de mi desencarnación había ya sonado.

El capitán de mi compañía, don Diego Pérez, hombre bruto si los hubo alguna vez, mejorando lo presente, pero bueno y cariñoso en el fondo, llamó al físico, vamos al decir, el médico del batallón; éste me tomó el pulso, me hizo sacar la lengua, y toser, y hablar, y respirar fuerte, después de lo cual dijo que la cosa se presentaba fea, y que una de dos: o se me dejaba abandonado en mitad de la carretera o se me llevaba al hospital.

Como quiera que no es fácil improvisar hospitales en despoblado, aunque lo disponga el físico, y por otra parte, el dejarme tirado en el camino era una barbaridad como una loma, adopté un término medio entre los dos temperamentos propuestos, y así, yo sé quién ni de dónde sacó un borriquito, sobre el cual y a puñados logramos encaramarme mis compañeros.

En actitud poco airosa, pues más que a soldado asemejábame entonces a humilde costal de basura, hice mi entrada en el pueblo a que antes me he referido. Diseminóse la tropa por el poblado en busca de alojamiento, y yo, en hombros de mis camaradas, di con mis tristes huesos en la escuela municipal, convertida a la sazón en hospital de sangre, en previsión de probables y próximos encuentros.

Me meten en una salita, blanca como la propia nieve, y... ¡zas!, lo primero que se me presenta... ¡a que no sabéis lo que fue?... ¡Un alma en pena!—dijo una voccecita cándida.

—¡Peor que eso! ¡Mucho peor! Lo que se me presentó fue una hermana de la Caridad... ¡Cuernos!... y qué tripas se me pusieron al echarme a la cara a la beata. De buena gana, arrastrándome o como fuera, hubiera salido de aquella caverna del ocultismo, pero... ¡buenas y gordas! Me cogió la hermana por su cuenta, y ayudada de mis acompañantes, y con

muchas exclamaciones de ¡Pobrecito!, ¡qué pálido estás!, ¡y qué jovencito es!, cuando quise recordar ya estaba metido en una cama limpiísima y mulda, echándome a sorbitos entre pecho y espalda una bebida más caliente y más amarga que todos los demonios.

¡Cuernos!—pensaba yo en mi fuero interno—, ¿Si será un veneno? De esta gentuza no puede uno fiarse gran cosa... Por si o por no, me eché al colete algo de rejalgar, y sor Clara, nombre de la monja, según ella me dijo, mulló las almohadas, subió el cobertor para abrigarme los hombros, y después de darme buena noche y de recomendarme que la llamara, si algo se me ofrecía, aléjese un tanto de mi cama, y, a la luz temblorosa de una bujía, se sentó en una silla y empezó a leer en un libro que, a lo que a mí se me antojó, debía de ser un libro de oraciones o alguna *chilindrina* del mismo fuste.

El frío intensísimo que momentos antes me hacía temblar como si estuviera atacado de perlesta, se me atenuó algo, y en tanto que el sueño rebelde acudía a cerrar mis parpados, me entreuve en contemplar la silueta de la hermana, vagamente iluminada por la luz de la bujía. Sor Clara continuaba leyendo con gravedad y recogimiento sumos y haciendo alguno que otro alto, durante el cual, sin cerrar el libro, levantaba los ojos para mirar al techo, que tenía muy poco que ver por cierto. ¡Falsa! ¡Hipocritona! ¡No me la das! ¡Falta...!—pensaba yo.

Porque sor Clara era fea... Entendámonos..., era fea o no, según se la mirara... Por ejemplo: cuando inclinaba la cabeza sobre el libro y su perfil se destacaba por obscuro sobre la nivea blancura de la toca, era fea... lo que se llama fea... No valía lo que esta pipa. En cambio, cuando durante aquellos paréntesis elevaba la vista con místico fervor, parecía que dentro de aquella cabeza, de corte tosco y vulgar, se encendía una gran luz pálida y tranquila como la de la luna. Aquellos ojos garzos y rasgados parecían atravesar de parte a parte el techo de la habitación, perderse en la inmensidad del espacio, y subiéndome más, ¡mucho más!, abismarse en la contemplación de algo muy grande, muy hermoso, digno de aquellas miradas extrañas y misteriosas. En fin, que había momentos en que sor Clara era hasta bonita.

Hice un movimiento involuntario, y al ruido que el lecho produjo, abandonó la hermana el libro y se acercó apresuradamente. ¿Qué tenía? ¿Me sentía mejor o peor? ¿Quería algo? Apoyó la punta de los dedos en mi frente y me dijo con ale-

gría que la fiebre había desaparecido. Y empezó a darme conversación... ¡Vaya un chaparrón de preguntas que comenzó a hacerme con su voccecita apacible y discreta! Parece que la oigo en este momento... Que de dónde era, que si vivían mis padres, que si cumplía pronto. Yo, tratando de poner la cara más terrorífica posible, no contestaba oste ni moste. Apreté convulsivamente los dientes, y mientras tanto la hermana, sin parar su atención en mi mutismo amenazador, inspeccionaba las almohadas, subía el embozo de las sábanas y hacía conmigo lo que hace una madre cuando cuida el hijito enfermo. ¡Yo, terner que terner! Lo mismo apreciaba yo aquellas atenciones que un cerdo la perla que se encontrara en la basura.

En tanto que la cosa no pasó de lo dicho, todo fué regular, tal cual; pero, ¡cuernos!, en mala hora le dió la ocurrencia a sor Clara de cambiar de bisesto y de empezar a hablarme de lo bueno que es Dios, de lo mucho que nos quiere a todos, y especialmente a los pequetitos, a los humildes, como, por ejemplo, a los pobres soldados... La ira no me cabía en el pellejo, y algo debió de traslucirse de ello en la expresión de mi rostro, pues noté en ella señales de timidez y aun de sobresalto.

—Veo que le molesto—dijo con voz un poquito alterada—, y le voy a dejar en paz. Pero antes permítame que le ponga a la cabecera de la cama algo que indique que la ocupa un cristiano... ¡Daño, ninguno puede hacerle!...

Vi que se aproximaba al lecho y que de los barrotes de la cabecera colgaba un escapulario... ¡No sé lo que pasó por mí! Me pareció sentir que de lo fondo de mis entrañas subía revuelto y furioso un torrente de pasiones desbordadas, de rabia indecible, de cuanto malo y abyecto encerraba mi corazón, y... ¡zas!, la escupí en pleno rostro.

No se inmutó sor Clara ante tan cobarde y bajo ultraje; antes por el contrario, pareció recobrar la serenidad que momentos antes parecía faltarle.

—¡Echese y cúbrase, tonto, que va a ponerse peor!...

Esto fué lo único que dijo, después de arrojarme y limpiarme calmadamente el salvazo.

Me cubrí... ¡cuernos!, me cubrí hasta meter la cabeza debajo de las sábanas; pero fué para esconder el rubor de la vergüenza, que debió teñir hasta el blanco de mis ojos, y para ahogar un sollozo que, impetuoso y rugiente, pugnaba por salirse del pecho...

(Continuará.)